

862  
L.R.

PQ6621  
.I4  
p3  
v.9



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

# NIDO DE AGUILAS

Comedia en dos actos, en prosa, estrenada  
en el TEATRO LARA el día 11 de Noviem-  
bre de 1907.



## PERSONAJES

DOÑA SALOMÉ  
CATALINA  
ISABEL  
FILOMENA  
DON AQUILINO  
BONIFACIO  
EDUARDO  
CAÑAMÓN  
ANSELMO  
AQUILINITO

## ACTO PRIMERO

Decoración. Una sala de un piso bajo, en un palacio. Puerta a derecha e izquierda. Al foro dos rejas, y entre ellas una puerta. Forillo, jardín. Muebles antiguos. Es de día, por la mañana, en Abril.

### ESCENA PRIMERA

FILOMENA cosiendo a la reja izquierda. Pausa. BONIFACIO por el foro.

BON.—*(Que entra despacito, se queda mirando a Filomena y se rie. En toda la obra reirá siempre de corazón, con risa franca y sonora.)*—  
Filomenilla, buenos días.

FIL.—Felices, Bonifacio.

BON.—¿Sabes que estás muy guapa?...

FIL.—Ya lo sé.

BON.—¡Rediós, y qué presumidas sois!...

FIL.—¿Para qué lo dices tantas veces?

BON.—Que uno lo diga, bueno, que eso hace muy fino, pero que os lo creais en seguida, no, que es demasiada pintura.



FIL.—Llámame fea y acabas.

BON.—¡Embustes tampoco, Filomenilla!

FIL.—Entonces, ¿qué?...

BON.—*(Riendo.)*—¿Sabes que me gustas mucho?...

FIL.—Ya lo sé.

BON.—Bueno... pues esto no puede quedar así.

FIL.—¿No?...

BON.—¿Qué te parece de novios?

FIL.—Muy mal.

BON.—*(Riendo.)*—Tócate, tócate... *(Señalándose el mismo la cara.)* Que cuando haces trampas en lo que dices, se te ponen unos oyitos en los mofletes, que están muy preciosos.

FIL.—Eso se forma de natural.

BON.—¡De natural tramposo que tenéis todas las mujeres; pero te cae muy bonito, Filomenilla; a ver cuando caigo yo!...

FIL.—Ahora mismito...

BON.—*(Avanzando decidido.)*—Para que no te figures que es desprecio...

FIL.—¡Bonifacio!

## ESCENA II

DICHOS. SALOMÉ por la derecha.

SAL.—¡Bonifacio! Ya te he dicho que dejes en paz a la Filomena.

BON.—¡Es que me estaba desafiando! ¡Que lo niegues!

SAL.—Y debía darte vergüenza dirigirte a una chiquilla...

BON.—¡Eso sí que no! Vergüenza no me da ninguna.

SAL.—Déjala cumplir su obligación, y atiende a la tuya.

BON.—Mandado he venido, señora ama.

SAL.—Tienes que ir a Madrid.

BON.—No, señora.

SAL.—Me conviene a mí que vayas.

BON.—Eso no es que tenga yo...

SAL.—¿Cuándo te acostumbrarás a no discutir?... Piensa un poco, que no somos iguales; que aún hay diferencia entre nosotros.

BON.—Y muy ventajosa para usted. No hay que decirlo: salta a la vista.

SAL.—Cállate, Filomena, tráeme un papel



con unas apuntaciones que está sobre la mesa de mi cuarto.

(Mutis Filomena por la izquierda.)

### ESCENA III

SALOMÉ y BONIFACIO

BON.—¿Es muy guapa, verdad usted?...

SAL.—Cállate. Don Jerónimo te dará dinero para unos encargos. Además, llevas una carta, la entregas en propia mano y traes la contestación.

BON.—¿La carta será para don Narciso?...

SAL.—Adivinaste.

BON.—Yo me lo columbré por lo de la respuesta. La contestación no se le pide más que a los que no contestan, y como don Narciso es de esos...

SAL.—Precisamente, para algo relacionado con esa tardanza, te he mandado a buscar. Creo que tú nos aprecias y si puedes servirnos...

BON.—¿Por ustedes?... ¡De cabezal! Me mandan rodar y rodo.

SAL.—Ruedo.

BON.—¿Es así? ¡De fijol... ¡Para que vea us-

ted lo que es el oído! Suená mejor lo que yo dije.

SAL.—Y en esta seguridad voy a confiarte un encargo delicadísimo. Desearía que en Madrid...

BON.—Comprendido. Me informo de todo lo que hace en Madrid, el señor Conde, y de todo lo que haga, le digo a usted todo lo que se pueda decir.

SAL.—Pero con reserva y a nadie más que a mí.

BON.—¡Creo que es un tío de primera!

SAL.—Sobrino, sobrino.

BON.—Sobrino de usted, pero en lo tocante a juergas es lo otro.

SAL.—Es tan joven...

BON.—Rediós, más joven soy yo y trabajo.

SAL.—Pero tú no eres Conde.

BON.—Lo que no soy es rico, que si lo fuera me divertía yo sólo como dos Condes de lo más encondados.

SAL.—Esa es la suerte...

BON.—¡Y que disfruta el hombre! Aquí le envidian todos los señoritos... y algunas señoritas.

SAL.—Y si Catalina te preguntase...

BON.—Le largo una mentira.

SAL.—¡Nunca! Dí, sencillamente, que no sabes.

BON.—Pues, sabiendo, mentira es. Por lo menos, así lo llamamos en el pueblo.



SAL.—Y razón tienen... pero es más disculpable.

BON.—¿Cuándo marchó?

SAL.—Mañana. Estás por allí un par de días, lo que sea menester...

#### ESCENA IV

DICHOS. FILOMENA por la izquierda.

BON.—Mírela, mírela, doña Salomé.

SAL.—Ya la veo.

BON.—Es un capullito.

SAL.—Me disgustarás, Bonifacio, y sentiría que no me obligases a prescindir de esta costurera, que es muy formal y muy lista, o de tí que has nacido en casa...

BON.—Y que para llevar el cargo de la labranza, no tropieza usted con otro ¿eh?

SAL.—Estoy muy satisfecha de tí.

BON.—Pues deje usted quieto lo de la chica, que es más que una debilidad, y ya nos repondremos si Dios quiere.

SAL.—Es muy joven todavía...

BON.—Pero es que a mí se me antojan tierne-citas...

SAL.—(Seria.)—¡Vaya, vaya! No se habla más

de esto. Ahí va apuntado lo que has de comprar y en dónde. Filomena, lléguese a Santa Mónica y acompañe a las señoritas.

*(Filomena que después de entregar la nota a doña Salomé, volvió a coser, se levanta y váse por el foro.)*

#### ESCENA V

SALOMÉ y BONIFACIO

BON.—¡Andal... ¡otras dos cajas de jabones! Con la vida regalada que ustedes llevan, no cavilo en qué lo gastan. Yo me lavo todos los sábados.

SAL.—Y no hay quien te aguante los viernes.

BON.—¿De veras?

SAL.—De veras.

BON.—Pues descuide usted, que desde hoy me lavaré los viernes. Guantes... ¿otra vez guantes?

SAL.—Puedes leerla arriba y arriba hacer los comentarios que te parezcan.

BON.—¿Y al señor administrador que suelte la guita?



SAL.—La guita, no, el dinero. ¡Qué afición tienes a los términos chavacanos!

BON.—Usted dispense si he faltado, doña Salomé; pero no hay quien suelte una perra más porque se la pidan con mejores palabras. Lo esencial es que a uno le entiendan.

SAL.—Entendidos: vete.

BON.—Será cosa de hablar a la moda de esa lechuza de don Anselmo, que pasa un disgusto cada vez que se le entiende lo que dice...

SAL.—¡Bonifacio! ¿Por qué llamas lechuza a don Anselmo?...

BON.—¿Y usted, por qué no se lo llama si lo es?

SAL.—Contigo, el único recurso es no oírte. Vete.

### ESCENA VI

DICHOS. ANSELMO por el foro

ANS.—¿Se puede?

SAL.—Pase, don Anselmo.

BON.—La lechuza. Compraré más aceite.

*(Vase Bonifacio por la izquierda.)*

### ESCENA VII

SALOMÉ y ANSELMO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

ANS.—¿Y doña Catalina?

SAL.—Bien: en misa.

ANS.—¿Con Isabel?... Fué una obra de caridad, verdaderamente excelsa, recoger a esa niña.

SAL.—No merece alabanza. Isabel es sobrina mía, quedó desamparada...

ANS.—La merece, la merece. Todo lo que se hace por la familia es muy laudable... y muy arriesgado; pero con Isabelita, el cielo ha querido premiar la inagotable bondad de usted.

SAL.—¿Cómo tan temprano?

ANS.—Para exponerle la confirmación de nuestra plática de ayer. Vengo escandalizado.

SAL.—¿Y eso?

ANS.—Que resulta cierto lo de la Luisa.

SAL.—¿Sí?

ANS.—Sí, señora. Se casa con un músico.

SAL.—Pero, ¿qué Luisa?

ANS.—¡La de Sajonia! ¡Una princesa de estirpe!... Le digo a usted que tenemos un dis-



gusto...

SAL.—¿Tenemos?... ¿Y a usted qué le importa?

ANS.—¡Señoral... ¿Usted no recuerda que yo soy un amante?...

SAL.—¿Cómo?...

ANS.—¿Del régimen, de las instituciones, de la pureza de sangre, de la tradición histórica?...

SAL.—Lo recuerdo muy bien, si señor. Pero usted, mi querido don Anselmo Pérez, Pérez por todos lados, de la tradición histórica no es un amante, sino un aficionado.

ANS.—Entusiasta, fervoroso...

SAL.—Con esas ideas tan sensatas, qué lástima, amigo don Anselmo, que usted sea Pérez...

ANS.—¡El destino de las criaturas! ¡Muy resignado estoy con los modestos pañales que me abrigaron en la edad infantil, pero, créame, señora, que me embarga un tenue rencor hacia los míos, cuando pienso que por mis venas debió correr la sangre de un Montmorency!...

SAL.—¿Montmorency?...

ANS.—Con acento en la y, si señora. Mi abuela paterna desairó al Mariscal.

SAL.—¿Al Mariscal?

ANS.—Como usted lo oye.

SAL.—¿Por qué?

ANS.—Porque era casado.

SAL.—¡Hizo bien!

ANS.—Así la juzga la Historia. En Villar del Arroyo, pueblo natal de la desairante, aún enseñan la morada en donde ocurrió este episodio, como aquí enseñamos el palacio de ustedes.

SAL.—El solar de los Ríofuertes, la casa solariega de los Jiménez del Alamo, no puede compararse...

ANS.—Predica usted a un convencido. Y de tal modo conceptúo preciso mantener incólumes los respetos y las jerarquías, que a usted le consta bien que siempre me opuse tenazmente a que nuestra Catalina contrajera una alianza que no fuese digna de sus gloriosos apellidos.

SAL.—Estamos conformes. Pero va usted a hacerme el obsequio, que ya se lo he rogado en muchas ocasiones, de no hablar más en plural. Ni Catalina es nuestra, sino mía, y usted no tiene arte ni parte en este asunto...

ANS.—Aunque lo deplora, es evidente.

SAL.—Ni usted es el llamado a consentir o a negar en la boda de mi hija.



ANS.—Evidentísimo, señora. Mas convengamos en que el plural es una fuerza retórica...

SAL.—Utilícela usted cuando hable del Mariscal, pero no aludiendo a nosotras.

ANS.—Consideraba que la estimación y el afecto...

SAL.—Son razones para la buena amistad; pero de ningún modo para tolerar una frase que pudieran interpretar en menoscabo de mi difunto esposo.

ANS.—¡Qué difunto tan agradable! El respeto y la veneración que conservo a su memoria es tal, ¡tal, señora! que si algún día pensara usted en celebrar legítimas, aunque segundas nupcias, yo sería el primero en sentirme ofendido.

SAL.—Usted sería el segundo. Pero, aparte de que el caso no ha de llegar...

ANS.—En hipotético lo puse.

SAL.—Usted no es quién para ofenderse ni para intervenir en resoluciones de mi exclusiva responsabilidad.

ANS.—¿Intervenir?... ¡libreme el cielo! ¿Ofenderme?... ¡Ah, eso sí! Estímolo como debido tributo al recuerdo de aquel hombre, modelo de esposos...

SAL.—Pero, ¿usted qué sabe de eso?

ANS.—¿No fué modelo?

SAL.—No. Un figurín corriente... y gracias. Y van once años ya; si a usted le parece podríamos tranquilizarnos.

ANS.—Sí, señora.

SAL.—Bien, pues seréne un poco, que por mí no hay temor ninguno; y, respecto de Catalina, no debe usted ignorar que su matrimonio fué resuelto hace mucho, se casará con su primo Narciso.

ANS.—Oh... don Narciso... ¡El señor Conde de Riofuentes!... Esa boda me satisface.

SAL.—Lo celebro.

ANS.—¿Continúa en Madrid?

SAL.—Sí, estudiando.

ANS.—Estudiando leyes, o...

SAL.—Estudiando Madrid. Cuando termine la carrera, que por lo visto es larga, acordaremos la fecha del enlace.

ANS.—Encuentro muy lógica esa dilatación. ¡Y luego, don Narciso, al lado de doña Catalina, apreciará las ventajas del hogar, de la honradez!

SAL.—No sé si las apreciará; pero evidentemente podrá compararlas.

ANS.—Hanme dicho que en su permanencia



cortesana es algo, algo... ¿cómo diremos?... algo fogoso.

SAL.—Pues le engañaron a usted en lo de algo.

ANS.—Preferible, señora. Salvo la opinión de usted, mi respetable amiga, nosotros creemos que es mayor seguridad para el porvenir.

SAL.—¿Nosotros?

ANS.—Yo.

SAL.—¡Ah!...

### ESCENA VIII

DICHOS y CAÑAMÓN por la izquierda

CAÑ.—(A Anselmo.) Buenos días.

ANS.—Hola, Cañamón. ¿Esas nubes?

SAL.—¿Qué nubes?

ANS.—Unas tierras en el cielo que ha comprado Cañamón para edificar no sé qué fantásticos palacios.

CAÑ.—Ya ve usted lo que son: burlas.

SAL.—¿Sueñas mucho?...

CAÑ.—De noche... y dormido.

SAL.—Menos mal. Despierto, pueden hacerte daño.

ANS.—(Despidiéndose.) Con su licencia, doña Salomé. ¡Ah!... Para la secretaria de nuestra Junta domiciliaria de socorros, me he permitido designar a un ahijado mío.

CAÑ.—Usted no vive en las alturas...

ANS.—¿Yo?... No saco ningún provecho de esto.

CAÑ.—No... Pero colocar a los ahijados, descansa a los padrinos.

ANS.—Es un nombramiento provisional, naturalmente. Se trata de un chico de muy buenas costumbres y de muy buena letra...

SAL.—Por mí, puede extenderse ya el nombramiento definitivo.

ANS.—No, no; lo dejaremos en provisional. Es más seguro. Muy obligado...

SAL.—Adiós, don Anselmo...

ANS.—Adiós, Cañamón.

(Mutis don Anselmo, por el foro.)

### ESCENA IX

SALOMÉ y CAÑAMÓN

CAÑ.—Esta Junta domiciliaria, ha empezado por el domicilio de don Anselmo.



SAL.—No seas malicioso. ¿Qué hay?

CAÑ.—Bonifacio ha subido con un recado de usted para mi padre, pero tendrá usted que dispensarlo si no baja. Hace ocho o diez días que sufre unos mareos muy grandes.

SAL.—Eso no es nada.

CAÑ.—Nada... pero sufre... y cree que es algo.

SAL.—Voy a subir.

CAÑ.—No se moleste usted.

SAL.—Lleva treinta años de administrar mis bienes honradamente, y si no pudo ser mi amigo, porque su condición de servidor lo impedía, mereció siempre mi afecto. Ven; subamos.

*(Mutis Salomé y Cañamón por la izquierda.)*

### ESCENA X

CATALINA, ISABEL y FILOMENA por el foro derecha. Filomena recoge las sombrillas y se va por la izquierda.

CAT.—No mires, que te vienen siguiendo.

ISAB.—Es a tí, Catalina.

CAT.—A tí.

ISAB.—*(Mirando hacia la derecha del foro.)*  
Y quizás no vengan ya...

CAT.—*(Pausa.)* ¿No?...

ISAB.—Sí...

CAT.—¡Has hecho mal en mirar!

ISAB.—Fué para decírtelo con fijeza.

CAT.—Y de paso... ver a Eduardo.

ISAB.—No. Eduardo sólo ha venido para hacer compañía a Pascual Olmedo.

CAT.—Por mí no puede ser. Conoce de sobra nuestra diferencia social...

ISAB.—Hablar, bien hablas con él.

CAT.—Porque es muy simpático y muy instruido; pero de ahí ya sabe que no podemos pasar. Comprenderás que un Pascual Olmedo no tiene derecho para pretender a una Ríofuertes.

ISAB.—Si os quisiérais...

CAT.—Aun queriéndole, yo no cometería esa traición a mi sangre.

ISAB.—Traición de amor no es traición, es amor.

CAT.—Para tí. Para quien tiene deberes de raza...

ISAB.—No continúes que ya lo se. Cuando tú no cantas ese himno, lo canta tu madre y cuando no las dos.

CAT.—Y ya el seguirnos por la calle es una impertinencia que me desagrada.

ISAB.—A mí no. A lo mejor ocurre algo, y es conveniente que alguien pueda auxiliarnos.



CAT.—¿Supongo que no pensarás desmayarte cuando te sigan?

ISAB.—¡No! Pero sí me dan los ahogos...  
(Sonriendo.)

CAT.—Y otra clase de accidentes no es probable aquí, en Matavilla, donde los vecinos se asoman para ver pasar un coche. Aun en el ensanche... ¿pero en esta parte, en la ciudad vieja?...

ISAB.—Nadie. Oyes pisadas, y mirando el reloj, no necesitas volver la cabeza. El panadero, con su caballito.

CAT.—O el señor Deán, que también pisa fuerte y se confunde un poco.

ISAB.—O la criada que vuelve de la compra. Aquí la vida es siempre la misma.

CAT.—Y la muerte. Casi todos mueren de calenturas... y de fastidio. He llegado a figurarme que algunos cogen las fiebres por coger algo distinto...

ISAB.—En cambio, hay tranquilidad y hay paz. Da miedo leer los periódicos con tantos crímenes y tanta desgracia. La otra noche contaba don Anselmo una retahíla atroz de gente del pueblo, de aquí, de Matavilla, que se ha descalabrado por esos mundos. El yerno de la Toma-

sa iba para America, naufragó... y ahogado. El hijo de don Gregorio, que fué a terminar su doctorado, cruza por debajo de unos cables eléctricos, se desprende uno y ¡pataplúm! al suelo, hecho un carbón. La Maximina, aquella modistilla tan guapa, va a Madrid... y descarrila.

CAT.—Ya recuerdo, y hubo que cortarle una pierna.

ISAB.—No debió ser esa, porque ahora está de bailarina en el Real, y es de suponer que le habrán exigido las dos.

CAT.—Por lo menos...

ISAB.—Mejor estamos aquí...

CAT.—Mejor.

ISAB.—Y de estar, que nos sigan. Y de seguirnos, que no sean malas fachas.

CAT.—Para los desmayos es conveniente que tengan buen tipo.

ISAB.—¿Te acuerdas de aquel buen mozo que nos persiguió tanto el año pasado? ¿Aquel que tenía que meterse en los portales para descansar, porque se fatigaba de buen mozo que era?

CAT.—¿Y aquel que se abanicaba con el sombrero para lucir el pelito rizado?

ISAB.—Con ese fuiste cruel. Decirle en su ca-



ra que te gustaban los hombres con el pelo corto, y al día siguiente, cuando el pobrecito se presenta esquilado, tuviste valor para decirle: «¡Qué dolor de pelol... ¿Por qué se lo ha cortado usted?»

CAT.—¿Y el rubio, el que cojeaba de un lado, y para disimularlo se inclinaba del otro... y cojeaba de los dos?

ISAB.—¿Y el de las cartas?

CAT.—Aquel se pasó de listo. Te escribe una carta abrasadora, llena de fuego, en que hablaba de suicidarse si no le correspondías, y al devolvérsela con aquella postdata: «Lo siento mucho, le compadezco mucho y le agradeceré mucho que no vuelva a molestarle escribiendo...» En lugar de suicidarse, que era su promesa, me envía a mí la misma carta: «Catalina, por un error de información, puse Isabel; pero es a usted, a Catalina, a quien adoro ciegamente. Ponga usted su nombre, que es mi amor verdadero... Lo demás de la carta vale. Su admirador... José Luis...»

ISAB.—Y tú, devolviéndosela otra vez, no puse más que «la postdata vale también».

CAT.—Y para evitar nuevas confusiones firmamos las dos.

ISAB.—¡Qué contados son los que se pueden mirar!

CAT.—Y los que se pueden volver a mirar, más contados aún.

ISAB.—De elegir a alguno, ¿a cuál?

CAT.—De aquí a nadie. ¡La heredera de los Río fuertes!

ISAB.—Etcétera...

CAT.—¿Te cansa?

ISAB.—No, mujer: es porque no te canses tú. Pero siempre he tenido una confusión en esta parte de las alianzas. Suponiendo que fuera de tu edad y te gustase, ¿te casarías hoy con el marqués de Matavillas?

CAT.—Sí. Es una nobleza muy antigua. Desciende en línea recta de Jaime, el Cruzado de Tierra Santa.

ISAB.—Las hazañas de Jaime, un hombre fanático y feroz, consistieron en pasar a cuchillo hombres, mujeres y niños, en los lugares a donde la guerra le llevaba vencedor.

CAT.—De ahí viene su título: Matavillas.

ISAB.—Si hubiera un hombre hoy que procediese con idéntica ferocidad en cualquier guerra... ¿te casarías con él?

CAT.—¡No! ¡Qué horror!...



ISAB.—Y esta es mi confusión. Si te horroriza el fundador de esa nobleza, ¿por qué te enorgulleces con sus descendientes?

CAT.—Tú, que llevas nuestros apellidos, no debías criticar...

ISAB.—No es censura, ¡no! aunque en mí, pobre y recogida por caridad, la caridad y el amor me parecen más hermosos que todas las líneas de donde salen reyes... y de donde salen bastardos más orgullosos que los reyes todavía.

CAT.—Si eso llena tus aspiraciones, ya las has logrado. El cariño, con nosotros; el amor, con Eduardo.

ISAB.—No me quiere... es decir, creo que no me quiere.

CAT.—¿Y tú?

ISAB.—Yo, no... Y si antes me propasé, hablando de vuestras ideas con menos seriedad de la que merecen por ser vuestras, es porque me dolería que fuesen una rémora en tu vida para llegar a la felicidad.

CAT.—¡No pueden serlo!

ISAB.—Juraría que tú, en otras circunstancias, no te mostrarías desdeñosa.

CAT.—¿Con Pascual Olmedo?

ISAB.—Sí, con Pascual.

CAT.—(Pausa.) Es nieto de unos labradores. No hay que hablar de eso.

ISAB.—Y él no se atreverá siquiera a declararse. Estás muy arriba, muy alta... y como sabe que rechazas... Ya hay quien se atreve a coger los nidos de las águilas...

CAT.—Y quien se despeña.

ISAB.—¡Ese temor aparta de vosotros a tantos que serían buenos amigos!...

CAT.—Vivimos muy aisladas.

ISAB.—Da respeto acercarse a vuestro nido. Juntos nos hemos criado Eduardo y nosotras; a mi me tutea, a ti, no. Y yo misma que sé bien lo buenas y lo cariñosas que sois, cuando hablan de vosotras, de vuestra casa, me parece imposible que pueda vivir en ella sin haberme desvanecido de orgullo o sin haberme estrellado ya desde tan alto. (Pausa) ¿En qué piensas? Lástima que en Tierra Santa, o en tierra profana, algún pariente de Pascual no haya hecho unas cuantas barbaridades!...

CAT.—(Que estaba absorta.) ¡Isabell

ISAB.—Perdona si te he dicho tu propio pensamiento.

CAT.—¡Isabell

ISAB.—Perdóname, Catalina.



CAT.—Pero no lo digas más, te lo suplico...

ISAB.—(*Abrazándola muy conmovida.*) ¡Perdóname, perdónamel... (*Pausa.*)

### ESCENA XI

DICHAS, SALOMÉ y CAÑAMÓN por la izquierda

SAL.—¿Andais de secretos?

CAT.—No...

SAL.—Cuando los tengas, a tu madre la primera.

ISAB.—(*A Catalina en voz baja.*) ¡Ordeno y mandol!... ¿Qué secretos arrancará así?...

SAL.—Habéis de subir al cuarto de don Jerónimo.

CAT.—¿Está malo tu padre, Cañamón?

SAL.—No tiene nombre este caballero?

CAÑ.—Señora...

SAL.—Mientras fué un chiquillo, pudo explicarse el apodo; pero ya a un hombre, a un señor abogado...

CAÑ.—En el pueblo, aunque venga de arzobispo, de Cañamón vendré... y entre ustedes sentiría que no me estimasen merecedor de esa prueba cariñosa.

CAT.—¿Y tu padre, Cañamón?

CAÑ.—Muchas gracias, doña Catalina. Medianocho.

CAT.—¡Vamos a verle, Isabell!

ISAB.—Vamos.

SAL.—Irás luego: oye antes.—(*A Cañamón.*)—Encárgate tú de las atenciones corrientes mientras don Jerónimo no se repone. Y avisa al notario para que venga cuando pueda.

CAÑ.—Iré yo mismo.

(*Mutis Cañamón por la izquierda, Isabel por la derecha.*)

ISAB.—(*A Catalina.*)—Te aguardo. Subiremos juntas.

### ESCENA XII

CATALINA y SALOMÉ

SAL.—Encuentro impropia esa llaneza con que tratas a todos. Les consientes unas familiaridades excesivas, y cada uno ha de conservar el puesto en que su nacimiento lo ha colocado.

CAT.—No lo olvido.

SAL.—A veces. Y lo mismo que de los criados te digo de las visitas. Ya que vivimos en es-



te pueblo y aquí hay tan pocas personas con quienes se pueda tratar decentemente, y ninguna de igual a igual, a nadie desaires, pero recuérdales a todos la distancia social que nos separa.

CAT.—Tú aborreces Madrid...

SAL.—Te lo repito. Allí habríamos de renunciar a muchas preeminencias, y antes que un piso incómodo y una situación poco lucida, prefiero este palacio y este pueblo, donde somos los más elevados.

CAT.—Los más...

SAL.—Tu pobre padre, que era un santo, y como todos los santos, hizo una porción de cosas buenas para ir al cielo, y algunas tonterías para andar por la tierra... tuvo empeño en que le adjudicaran esta finca.

CAT.—La casa solariega.

SAL.—Y su hermano mayor que se llevó el título y la parte grande de la fortuna, consintió en cedérsela.

CAT.—También el tío Pedro poco disfrutó...

SAL.—¡Y pensar que tú serías hoy la condesa de Río fuertes si tu padre hubiese vivido tres o cuatro meses más, que Pedro le dejaba el título a su hermano mejor que al sobrino Narciso... pero tu padre no fué nunca oportuno: nació un po-

co después de lo que le habría convenido, y murió un poco antes de lo que nos convenía a nosotras.

CAT.—Lo peor es que muriera.

SAL.—Lo peor, hija. Conformémonos con que estará en la gloria. Por allá nos espere muchos años.

CAT.—Tenemos renta bastante para no hacer mal papel en Madrid...

SAL.—¡No, no! Allí serías una de tantas: aquí eres la mejor, la más noble, y la más codiciada, y cuando tu voluntad se determine a cambiar de estado, por tí aguarda el primo Narciso.

CAT.—¿Por mí aguarda?... ¡Y no me escribe siquiera!

SAL.—Pero le escribimos nosotras.

CAT.—¿Te basta eso?

SAL.—Y a tí. No es cuestión de un capricho o de un noviazgo...

CAT.—Ya lo sé, madre.

SAL.—El título de conde de Río fuertes debe volver a nuestra casa con tu boda, que así lo acordamos los padres de Narciso y yo, y así es como las casas se engrandecen.

CAT.—Ya lo sé, madre.

SAL.—Insisto ahora, porque alguien me ha



dicho sé qué disparates, atribuyéndote no sé qué inclinaciones reprobables.

CAT.—No, madre, no.

SAL.—Que acusarían en tí una perturbación dolorosa de tu buen sentido...

CAT.—No, madre, no. Te mintieron.

SAL.—En tí fío. No hay más que un camino para ser feliz; y ya que estás colocada en una cumbre, no descendas. Los de arriba te despreciarán: los de abajo no lo han de agradecer. No lo olvides hija mía.

CAT.—No lo olvido, madre. Fía en mí.

(*Mutis doña Salomé por la izquierda.*)

### ESCENA XIII

CATALINA y BONIFACIO por la derecha

CAT.—(*Que marchaba hacia la derecha*) ¿A quién buscas?

BON.—Buscar, no busco: pero si encontrara a la Filomena, me iría de rechupete.

CAT.—¿La quieres?

BON.—Un repoco, sí, señora. Con esa carita de pavo soso que Dios la ha dado, y que hace falta ser tan melón como Dios me ha hecho pa-

ra enamorarse de ella... pues... enamorado hasta las cachas.

CAT.—Si me aceptáis por madrina...

BON.—Ole.

CAT.—Yo lo seré de vuestro matrimonio.

BON.—Y del primer niño.

CAT.—Ocúpate primero del matrimonio.

BON.—Todo irá al mismo tiempo, doña Catalina. Los pobres no hacemos repuchos a la familia.

CAT.—No me lo expliques, que tú dices las cosas muy a la pata la llana.

BON.—¿Y a las señoritas les gusta a ustedes más que se lo digan con revueltas?

CAT.—(*Sonriendo*) ¡Cállate, Bonifacio!...

BON.—Pues si usted da en favorecernos, aún tengo una cavilación muy resalada para en cuanto me suelte el sí la Filomena.

CAT.—¿No te dijo que sí todavía?

BON.—Pues si me lo hubiera dicho, estábamos ya en lo del bautizo.

CAT.—No corras.

BON.—Verá usted el cavilado lo que es. Pedirle a doña Salomé la administración de sus haciendas de ustedes en Cuba.

CAT.—¿Querría ir Filomena?